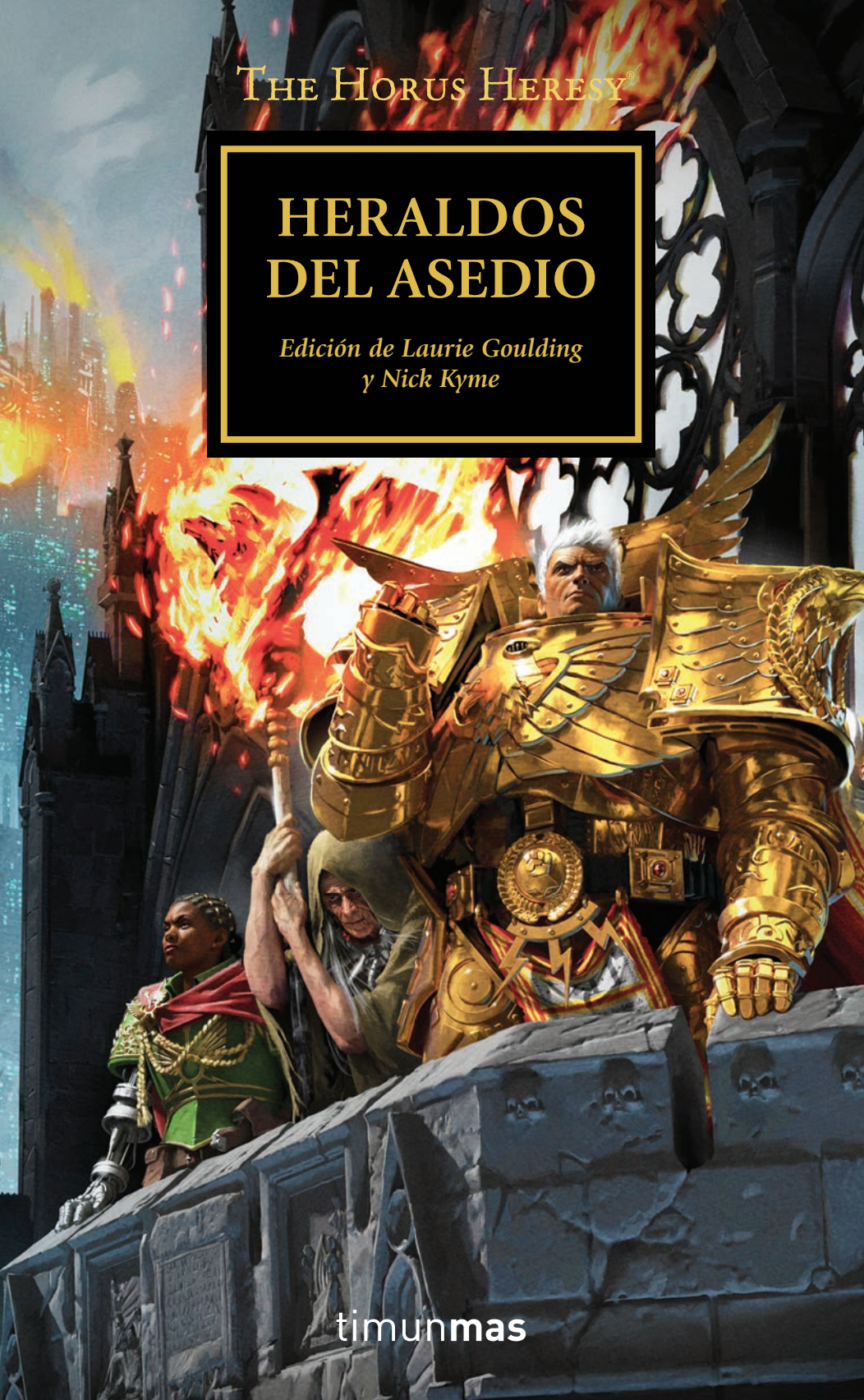


THE HORUS HERESY®

HERALDOS DEL ASEDIO

*Edición de Laurie Goulding
y Nick Kyme*



timunmas

THE HORUS HERESY®

HERALDOS DEL ASEDIO

Editado por Nick Kyme
y Laurie Goulding

timun**mas**

Título: *La Herejía de Horus nº 52/54 Heraldos del Asedio*

Versión original inglesa publicada por Black Library

Heraldos del Asedio © Copyright Games Workshop Limited 2018.

Heralds of the Siege, Heraldos del Asedio, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Heralds of the Siege*

Ilustración de la cubierta: Neil Roberts

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: Daniel Casado

Corrección: Juan Pascual

ISBN: 978-84-450-0840-9

Depósito legal: B. 2.572-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CONTENIDO

MIRÍADA <i>Rob Sanders</i>	11
EL CUERVO GRIS <i>Gav Thorpe</i>	39
VALERIUS <i>Gav Thorpe</i>	59
LOS LOBOS DE FUEGO <i>Rob Sanders</i>	71
ESCUDO NEGRO <i>Chris Wraight</i>	89
HIJOS DE SICARUS <i>Anthony Reynolds</i>	111
EXOCITOSIS <i>James Swallow</i>	131
EL CONDE PINTADO <i>Guy Haley</i>	157
EL ÚLTIMO HIJO DE PROSPERO <i>Chris Wraight</i>	179
EL ALMA PARTIDA <i>Chris Wraight</i>	201
CUMPLIMIENTO OSCURO <i>John French</i>	213

EL DEBER AGUARDA <i>Guy Haley</i>	243
MAGISTERIUM <i>Chris Wraight</i>	263
REPIQUETEA LA MEDIANOCHE <i>John French</i>	283
SUEÑOS DE UNIDAD <i>Nick Kyme</i>	301
EL TABLERO ESTÁ DISPUESTO <i>Gav Thorpe</i>	331

MIRÍADA

Rob Sanders

El suelo de Marte tembló. Bajo los campos de montaje del Templo-Tarentyno, algo se alzaba.

En otros tiempos había sido un glorioso espectáculo de producción de titanes y máquinas colosales, pues la instalación del sur había fabricado los poderosos Dioses Máquina de la Legio Excruciata. Sin embargo, en aquellos momentos, sus grandes templos de producción brillaban con la luz impía de la corrupción. Unas máquinas traqueteaban al fabricar perversiones enormes: monstruosidades gigantescas que deberían haber sido titanes Warlord, pero que en su lugar eran criaturas metálicas llenas de infestación demoníaca y de armamento heretek.

Filas y filas de aquellas bestias se encontraban en silencio en los almacenes, a la espera de los transportadores orbitales que las llevarían hasta los enormes cargueros destinados a las tropas del Señor de la Guerra.

Solo que dichas naves no podrían llegar.

Con el mundo forja principal bloqueado por la VII Legión, nada podía abandonar Marte. Al igual que los tanques monstruosos, las enardecidas máquinas guerreras y las filas de servoarmaduras vacías guardadas en plataformas de almacenaje por toda la superficie, los titanes del Caos solo acumulaban polvo marciano.

Polvo que en aquel momento llovía sobre las colosales abominaciones mientras el lecho de roca temblaba bajo ellas.

Un titán Warlord era una fortaleza andante hecha de gruesas placas y poderosos escudos. Como sabían todos aquellos que se habían enfrentado a semejante enemigo apocalíptico, contaba con muy pocas vulnerabilidades. Kallistra Lennox, quien había sido príncipe de la Collegia Titanica, tenía el honor de haber pilotado y derribado a aquellas máquinas dios, por lo que sabía que uno de los pocos puntos débiles del patrón alfa de Marte, el Warlord, era la plataforma de mando. Solo que dicha plataforma era prácticamente imposible de alcanzar para las tropas terrestres.

De pie en el compartimento interior giroscópico del transporte excavador de la clase Topo llamado *Archimedex*, Lennox podía sentir cómo la

proa de adamantio taladraba un túnel y lo revestía a través del lecho de roca y de la tierra de Marte antes de salir a la superficie de los campos de montaje. A pesar de que la gran tuneladora surgió en posición vertical, como una torre que brotaba de la tierra, el repleto compartimento de tropas mantenía su orientación rotativa para facilitar el desembarco. La prínceps había dirigido el translitopo para que surgiera junto a un titán Warlord identificado como *Ajax Abominata*. Varias máquinas leales al Emperador habían estado observando la instalación durante algunas semanas desde las laderas —llenas de chatarra— de las montañas que rodeaban el lugar. La construcción del *Ajax Abominata* estaba casi completa, aunque su carcasa blindada seguía cubierta por un andamio con grúas móviles.

Era un objetivo idóneo para ser sabotado... y la prínceps sabía perfectamente cómo hacerlo.

Aun con todo, ya no tenía el aspecto de una oficial de la Collegia Titanica. Por mucho que todavía vistiera el uniforme, mezclado con piezas de armadura balística y de caparazón, este estaba hecho jirones y manchado de aceite. El cuero negro de sus botas estaba arañado, y había cortado sus guantes de forma irregular para dejar libres sus dedos. Llevaba un parche desde que había perdido su ojo biónico, y una espada sierra corta envainada en su cinturón, donde antes había portado un sable ceremonial. Varias granadas y frascos de hidrógeno pendían de la bandolera de la prínceps, quien sostenía entre sus manos la pesada forma de un mosquetón de plasma.

—Esperad —dijo, seria.

La célula del Mechanicum leal al Emperador a la que Lennox pertenecía era conocida como los Fieles Omnissianos y, al igual que todos sus miembros, Lennox era una superviviente de Marte. La habían dejado atrás en el éxodo a Terra y se había convertido en una rebelde en su propio mundo. Cuando el código malicioso había arrasado con el mundo forja principal y había corrompido todo lo que había tocado, algunos marcianos y máquinas habían seguido sus propios instintos. Como parte de una respuesta a la repulsión, igual que alguien que se provocaba el vómito tras haber ingerido una toxina o un veneno, algunos verdaderos sirvientes del Omnissiah habían tenido la fuerza suficiente para automutilarse. Se habían arrancado los elementos biónicos del cuerpo, habían cortado enlaces y quemado receptores inalámbricos. Se habían sacado los puertos y las interfaces para alejar tanto el cuerpo como la mente de las cascadas de código de las redes marcianas. Habían conseguido salvarse de

los datos infectados que provocaban la locura, la polución espiritual y la Disformidad de carne y forma.

Dicha corrupción había afectado a casi todos aquellos que no habían conseguido escapar del planeta rojo, incluido el propio Fabricador General: Kelbor-Hal, quien en aquellos momentos no era más que un marchito amasijo de maquinaria corrupta. Al igual que los magi que estaban por debajo de él y de las máquinas que estaban a su vez por debajo de ellos, se había convertido en un esclavo de la oscuridad, una marioneta controlada por Horus, el renegado Señor de la Guerra, quien se encontraba a años luz de aquel lugar.

En el interior del compartimento de tropas del Topo se reunía un surtido de adeptos sin expresión, skitarii maltrechos por la batalla, tecno-siervos liberados, ayudantes contratados, servidores de batalla que habían sido salvados por sus amos, armatostes de trabajo artificiales, salvajes controlados y autómatas de batalla modificados. Aunque todos ellos habían jurado lealtad a los Fieles Ommissianos, necesitaban un líder en el campo, alguien con una mente táctica y tendencias destructivas que ayudara a los rebeldes en una campaña de sabotaje y subversión.

Cuando Lennox se unió a ellos, encontraron la líder idónea.

—Diez segundos —dijo la prínceps a las máquinas rebeldes que la rodeaban. Sus segundos al mando, Omnek-70 y Galahax Zarco, aguardaban a ambos lados de la mampara. Omnek-70 era un skitarii, un comando que portaba un arcabuz transuránico; Zarco, en cambio, era un enorme visioingeniero que empuñaba un hacha de energía en forma de un engranaje Ommissiano. Lennox escuchó atentamente el sonido del taladro y de los campos de revestimiento sobre los distintos materiales. Dio un pisotón en la cubierta.

»Ratchek —llamó a su exmoderati, el piloto con gafas de protección del Topo—. Apaga el motor principal y abre las puertas exteriores.

Las capas de mamparas soltaron un suspiro hidráulico y se deslizaron para revelar el interior oscuro del complejo de andamios.

Lennox asintió.

—Adelante.

La estructura estaba llena de afligidas máquinas que llevaban a cabo sus tareas, por lo que Lennox y sus rebeldes no tardaron demasiado en tener que luchar entre los puntos ciegos y las defensas del interior del andamio. Mientras tanto, las fuerzas de seguridad, con armas más pesadas, reco-

rrían los campos de montaje a toda prisa para reunirse cerca del titán tras abandonar sus puestos debido a la emergencia del Topo.

Los compartimentos y los pozos de escalera del enorme complejo resonaban con la cacofonía de los disparos. Los Fieles Omnissianos tenían que emplear cualquier arma sin corromper con la que pudieran hacerse, por lo que no se podían permitir una uniformidad que complaciera al Omnissiah. Los mosquetones láser lanzaban rayos a través de la oscuridad de las plataformas. Los proyectiles de las carabinas automáticas destrozaban plataformas. Lennox se anticipó a la llegada de los rebeldes al arrancar granadas de su bandolera y lanzarlas por los pozos de escalera hacia los niveles por encima de ellos.

Ajax Abominata, incluso en sus últimas fases de montaje atroz, era como se había imaginado al tratarse de un Dios Máquina corrupto, rodeada de artesanos retorcidos que balbuceaban incoherencias y código malicioso.

Los rebeldes avanzaban deprisa y disparaban a quemarropa. El ejército corrupto de máquinas que se encargaba del monstruoso titán no contaba con el equipo suficiente para repeler un ataque tan directo. Las tropas de seguridad y las fuerzas de choque del campo de montaje no habían considerado la posibilidad de que un asalto al Templo-Tarentyno se pudiera producir desde la base de la propia instalación. Mientras estos balbuceaban y corrían hacia el enorme andamio, Lennox y sus rebeldes siguieron escalando la estructura. Los servidores pesados y los cíborgs corruptos soltaron alaridos al ser derribados por los disparos. Las espadas sierra abrían en canal a las máquinas traidoras y provocaban fuentes de sangre y aceite antes de lanzarlas por el borde del andamio.

El rápido avance de los rebeldes se encontró con resistencia. A su alrededor, el propio metal del blindaje exterior del titán y del andamio en el que se encontraban contaba con una presencia demoníaca. Unos ojos infernales parpadearon en los muros. Las trampillas se abrieron de forma explosiva para vomitar icor ácido o atacar a los rebeldes con tentáculos que intentaban tirar de ellos. Las aberturas de las cubiertas se convirtieron en bocas delineadas con colmillos, que partían a los insurgentes por la mitad. El combate se tornó cuerpo a cuerpo en una plataforma llena de provisiones y redes de cargamento cuando se encontraron con unos servidores que desprendían una suciedad negra por la rejilla de la boca y cuyos ojos estaban iluminados con una luz impía. Lennox ordenó a sus salvajes, que eran más prescindibles, que se adentraran en la refriega con su armamento fusionado a las extremidades; ayudados por los armatos-

tes, destrozaron a los servidores traidores arrancándoles las extremidades corruptas.

Más arriba, los rebeldes quedaron atrapados en un intenso intercambio de fuego cuando un retorcido miembro de las tropas del titán se puso al mando de la cubierta del andamio junto a los centinelas que subían por las grúas móviles. Las escaleras se convirtieron en una horrible zona mortal. Lennox no podía permitirse perder tiempo ni tropas para avanzar, por lo que hizo un agujero en la malla metálica con su hoja sierra y envió a un pequeño grupo liderado por Galahax Zarco hacia arriba a través de la nueva abertura. Observó cómo el visioingeniero blandía su hacha de energía a su alrededor. Este dio fuertes pisotones mientras destrozaba a servidores poseídos y hundió su arma crepitante en un miembro de las tropas del titán, lo que produjo un golpe seco nauseabundo. Tras haber derribado las defensas, Lennox ordenó a los rebeldes que continuaran su ascenso.

Habían cerrado los compartimentos que rodeaban la cubierta de mando del titán a tiempo, antes de que llegaran los rebeldes. Las máquinas balbucearon corrupción hacia ellos a través del metal.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Lennox a Omnek-70 y a Zarco. Omnek-70 apuntó a las puertas con su arcabuz y disparó proyectiles transuránicos sin cesar a través de la mampara y hacia el compartimento que había al otro lado. Cuando el ruido de las máquinas corruptas desapareció, el visioingeniero clavó el engranaje eléctrico de su hacha en una de las puertas llenas de agujeros redondos y la abrió a la fuerza. Lennox se adentró en la cavidad, aferrando su mosquetón de plasma contra su pecho.

El compartimento apestaba a corrupción y estaba cubierto por un humo color plomo. Había cuerpos disformes en el suelo, con enormes agujeros en su maquinaria corrupta donde Omnek-70 les había disparado. Un tecnoadepto se abalanzó sobre la prínceps, empuñando una multiherramienta como si de una maza se tratase. Lennox se inclinó para absorber el retroceso del mosquetón y acabó con la vida del tecnoadepto antes de girarse para enfrentarse a otra máquina que balbuceaba incoherencias y derribarla de un disparo más.

—Ábrela —ordenó Lennox a Galahax Zarco tras recorrer el compartimento y subir hacia la carcasa exterior de la cabeza del titán. Desde aquel lugar podían ver muchos otros titanes en la penumbra del extenso campo de montaje. Todos ellos se encontraban en distintas fases de su producción; algunos de ellos estaban rodeados de andamios disformes.

Lennox miró hacia abajo para ver el casco corrupto del *Ajax Abominata* bajo sus botas y pudo sentir el sufrimiento del espíritu máquina afligido que estaba en el interior del titán.

—Príncipe —la llamó Omnek-70 desde el exterior del andamio, con sus ópticos emitiendo zumbidos al cambiar entre los distintos filtros. Señaló hacia el campo de montaje—. El *Ventorum* se está activando.

Lennox soltó un gruñido. El titán Warlord *Belladon Ventorum* era uno de los numerosos Dioses Máquina que aguardaban en los alrededores del campo de montaje para que los transportaran fuera de aquel mundo, y se encontraba allí desde hacía mucho tiempo, a juzgar por su apariencia relativamente poco corrompida. A pesar de que la mayoría de sus armas eran demasiado pesadas como para utilizarlas sin dañar a su preciado *Ajax Abominata*, su poderoso bláster gatling era capaz de convertir el andamio en el que se encontraban en un amasijo de chatarra destrozada.

—Más rápido, visioingeniero —le dijo.

—Voy tan rápido como puedo —repuso Zarco. Aunque una simple trampilla, por muy reforzada que estuviera, no debería haber supuesto ningún problema para un sacerdote de Marte, el metal corrupto se retraía asquerosamente de las herramientas de Zarco.

Cuando por fin pudo abrir aquella grotesca puerta, Omnek-70 apuntó con su arcabuz hacia la húmeda oscuridad del espacio del puente. No había ningún tripulante en la cubierta de mando, y Lennox no tenía tiempo para los problemas de sabotear una máquina tan compleja. Lo único que sabía era que las piezas de equipamiento más sofisticadas de un titán eran la interfaz múltiple y las tecnologías de impulsos mentales que enlazaban la tripulación con la propia máquina. Zarco se hizo a un lado para dejar que Lennox se acercara a la trampilla.

—Pasadlas hacia delante —ordenó la prínceps mientras sus seguidores rebeldes formaban una línea.

Uno a uno, se pasaron entre ellos las cargas de demolición que habían traído. Zarco preparó los temporizadores antes de dar los aparatos a Lennox, quien los dejó caer por la trampilla.

—¡Salid de aquí! —gritó para que los Fieles Omnissianos salieran del afectado casco del titán hacia el entramado del andamio.

Una grúa móvil completó su pesado balanceo hasta colocarse en posición y unirse al andamio, y las máquinas de Lennox comenzaron a intercambiar fuego pesado con las fuerzas enemigas que cubrían toda la plataforma, quejumbrosa bajo sus pasos. Un tecnosiervo explotó en una fuente de sangre y trozos de maquinaria cuando el rayo de algún arma

impía lo alcanzó. Los servoautomatas quedaron destrozados y los servidores de armas recibieron impactos automáticos en la cabeza.

—¡Atrás! —ordenó Lennox mientras desataba una tormenta de plasma por el pozo de escalera.

Notó cómo el metal de los muros que la rodeaban se retraía y temblaba con furia y dolor mientras el torrente de plasma ardía por la abertura y el techo hasta convertir la cubierta superior en una tormenta de luz. Los cuerpos desmembrados de las máquinas humeantes cayeron al suelo en el piso superior.

Un artesano demoníaco chilló a los rebeldes.

—¡Tú más, criatura impía! —rugió Lennox como respuesta, antes de colocar otro trifrasco en su mosquetón de plasma y dispararle. Notó la mano metálica de Omnek-70 en el hombro.

Había llegado el momento de marcharse.

—Retirada táctica —ordenó. Un armatoste de trabajo que portaba una ametralladora pesada comenzó a lanzar fuego de supresión hacia la grúa móvil, lo que otorgó tiempo a los rebeldes para deslizarse hacia las cubiertas inferiores. Lennox se llevó el mosquetón a la espalda, atado en su correa, y se sujetó al borde de una escalera con la parte interna de las botas y con los guantes sin ejercer demasiada presión. Se deslizó por las cubiertas repletas de cadáveres del armazón del *Ajax Abominata* hasta llegar al suelo y se apartó para que pudieran bajar Omnek-70 y el grandullón de Zarco.

El suelo era una tormenta de rayos delgados y oscuros y de descargas en forma de arco que atravesaban el andamio y provenían de los refuerzos que se acercaban a ellos desde el exterior. Los campos de montaje eran enormes, por lo que a los centinelas de la instalación les había tomado algo de tiempo converger sobre el Topo y el titán que estaban atacando. Los disparos de las máquinas del Mechanicum Oscuro ocultaban el balbuceo de código malicioso y las sirenas que sonaban por todo el campo de montaje. Mientras recorrían el nivel inferior a duras penas, muchos rebeldes fueron derribados por las tropas de choque infernales que se acercaban a su transporte.

—Ratchek, taladro trasero —ordenó Lennox al moderati tras impulsarse hacia el casco lleno de arañazos del *Archimedex*. Mientras metía a siervos y automatas de batalla cojos por la escotilla del Topo, Lennox notó cómo temblaba la superestructura del andamio.

Los explosivos detonaron.

La cubierta de mando del *Ajax Abominata* explotó y redujo la cabeza

del titán a chatarra destrozada que lanzaba restos en llamas por todo el armazón del andamio.

—Príncipe —la llamó Omnek-70 con la falta de emoción y prisa característica de los ciborgs y tiró de Lennox hacia el Topo que la esperaba. Ella asintió. El poderoso *Belladon Ventorum* también provocaba temblores en todo el campo de montaje con cada paso que daba, pues el monstruoso titán se estaba colocando en posición. Los rebeldes habían cumplido con su tarea. El *Ajax Abominata* no iría a ninguna parte sin su cubierta de mando.

Después de que Zarco y Omnek-70 entraran en el transporte, Lennox se adentró en él y cerró la mampara tras de sí.

A pesar de volver a encontrarse a salvo bajo tierra, el *Archimedex* se balanceó con la fuerza sísmica provocada por las explosiones en la superficie cuando el *Belladon Ventorum* abrió fuego contra el complejo del andamio de su máquina hermana.

Según el Topo seguía descendiendo hacia la seguridad que les esperaba bajo el lecho de roca, Lennox notó que el estruendo se oía cada vez más lejos. Ni siquiera las temibles armas de un Warlord podrían alcanzarlos en aquel lugar.

Habían hecho un buen trabajo. Habían negado el uso del *Ajax Abominata* al Señor de la Guerra, lo que había salvado la vida de incontables soldados leales al Emperador que habrían muerto ante aquella monstruosa máquina. Se volvió y pulsó el botón del comunicador interno.

—Ratchek, activa los noosféricos —dijo, satisfecha—. Avisa a la base Invalis de que la misión ha sido un éxito. Diles que estamos en camino.

Lennox limpió el cañón corto de su mosquetón con un trapo sucio mientras escuchaba el estruendo de la tierra que se machacaba al paso del *Archimedex* y que rozaba con el casco de la tuneladora. Habían transcurrido un par de horas desde que habían abandonado los campos de montaje del Templo-Tarentyno.

—Hemos recibido una petición de ayuda —crujió la voz de Ratchek por el comunicador interno.

—¿De quién? —preguntó Lennox, tras ponerse de pie.

—Un equipo de recolección. Unidades 44-Torq y Scallion-61.

Lennox sabía que la base Invalis a menudo enviaba equipos para reco-

lectar armamento y equipamiento sin corromper, aunque no solían alejarse tanto.

—¿Dónde?

—En los campos de recolección solar Autonox —repuso Ratchek—. Nos estamos acercando a su señal de comunicación en estos momentos.

—¿Y qué les ocurre? —musitó Lennox. No acostumbraba dar a conocer su posición al enemigo por ayudar a recolectores que eran demasiado holgazanes como para cargar con lo que habían encontrado de vuelta a la base Invalis, por muy peligroso o esencial que fuera su trabajo para los Fieles Omnissianos.

—Están acorralados —le dijo el moderati— por tropas con distintivos asociados con el mismísimo Kelbor-Hal.

Lennox asintió. A pesar de que no quería interrumpir su viaje de vuelta a la base Invalis, sería mucho peor que unos equipos de recolectores afiliados fueran capturados y delataran su posición tras una tortura binaria.

—Diles que esperen rescate —ordenó la prínceps—. Confirma su posición y prepáralo todo para salir a la superficie.

Ratchek surgió a poca distancia de la señal de comunicación. Lennox dejó atrás la tuneladora y salió al ocaso marciano junto a Omnek-70 y a Zarco. Los tres insurgentes se encontraban en los aplastados y humeantes restos de los campos Autonox. El enorme despliegue de paneles solares rotatorios había sufrido en la guerra civil: muchos de ellos ya no eran más que un amasijo de maquinaria y las estaciones de recolección estaban destrozadas.

Lennox avanzó, con su mosquetón de plasma listo para disparar, y se detuvo en seco al oír el ruido de un vehículo en el cielo. Se agachó tras un panel solar derribado y alargó una mano hacia Omnek-70, quien le pasó unos magnoculares. Echó un vistazo por los restos y por el cielo y pudo ver una nave gravitatoria que echaba humo. Su interior relucía con el horrible brillo de la corrupción, y su amplificador soltaba incoherencias provocadas por el código malicioso. El símbolo que mostraba en el lateral de su casco era el del Ordo Reductor.

—Es Gordicor —dijo Lennox a Omnek-70 y al visioingeniero—. O uno de sus esbirros.

Las misiones exitosas como la del Templo-Tarentyno no habían pasado desapercibidas por parte del Mechanicum Oscuro. Por ello, Kelbor-

Hal había encargado al Magos Reductor Diemon Gordicor que localizara a los saboteadores y a las máquinas sediciosas. Los escuadrones de ejecución del Ordo Reductor eran idóneos para dar caza a los campamentos de leales escondidos y arrasarlo con ellos.

La inteligencia que los Fieles Omnissianos habían podido reunir les indicaba que Gordicor solo respondía ante Aulus Scaramanca y el propio Fabricador General, pues el magos contaba con éxitos propios, tal como testificaban las máquinas leales reclutadas en las cenizas de puestos y bases como aquella. Últimamente, las tropas de Gordicor habían aparecido con mayor frecuencia en el hemisferio sur y en las regiones polares, lo que podía indicar a los líderes de los Fieles Omnissianos que se estaba acercando a su posición.

Conforme los rebeldes atravesaban los restos de los campos, volvieron a ponerse bajo cubierto al oír el sonido de unos disparos. La nave gravitatoria estaba disparando hacia el suelo con una descarga atomizadora del rayo de erradicación montado bajo una torreta. Cuando Lennox se acercó, pudo oír el sonido distintivo de los purificadores de radiación y ver el destello de los impactos del rayo más allá de los restos destrozados de un recolector solar derribado. En aquel lugar, distinguió las formas agazapadas de tres máquinas que se escondían de la lucha que había más allá.

—Encuentra una posición —ordenó Lennox a Omnek-70. El skitarii obedeció en silencio y se alejó con su arcabuz para encontrar un lugar desde el que proporcionarles fuego de cobertura. Como siempre, el comando no tenía solo la orden de acabar con las máquinas del Mechanicum Oscuro, sino también de lanzar un proyectil transuránico a cualquier miembro de los Fieles Omnissianos si la situación se tornaba imposible y parecía que iban a capturarlos. La resistencia que los rebeldes ofrecían en Marte, tanto simbólica como real, era algo más grande que cualquier máquina; incluso que la propia Lennox. La prínceps había dicho a Omnek-70 que preferiría sufrir uno de sus disparos a que se la llevaran con vida hacia el nido de la corrupción.

»Por el sagrado Marte, ¿qué está pasando? —siseó la prínceps tras colocarse detrás de 44-Torq y Scallion-61. Se trataba de un par de recolectores con un talento innato para encontrar armamento y equipamiento sin corromper. También habían llevado a Invalis a varios reclutas y máquinas rescatadas. Tenían la piel amarillenta de los habitantes del mundo forja y sus petos estaban sucios. Sus cinturones eran nidos de herramientas para recolectar restos y en sus espaldas llevaban redes de cargamento llenas de piezas, equipamiento y suministros. 44-Torq miró a su alrede-

dor y se sobresaltó al ver que había dos siluetas tras él, aunque volvió la mirada hacia el suelo, aliviado, al reconocer a Lennox y al enorme visioingeniero.

—Nos alegramos mucho de veros —dijo Scallion-61.

Lennox no le hizo caso.

—¿Quién es ese? —preguntó, señalando con su mosquetón a la figura andrajosa que estaba agazapada a su lado. Llevaba los restos de un traje a rayas, una capucha con máscara de gas y tenía unos numerales escritos en la frente.

—Lenk 4-de-12 —respondió el propio desconocido, alargando una mano en su dirección. Más allá de las quemaduras del traje, a Lennox le parecía que estaba bien. No estaba corrompido, desde luego.

—Lleva varios días con nosotros —explicó Scallion-61.

—Un trabajador contratado de la forja. Lo encontramos mientras rebuscábamos por Dynax Maximal. Dijo que se encontraba en Icaria.

A Lennox la habían enviado a buscar a las fuerzas rebeldes que se escondían en la cuenca Icaria-Selenium. Lo único que había encontrado allí habían sido cenizas y cadáveres chamuscados.

—Lo estamos llevando de vuelta —dijo Scallion-61 con confianza—. Bueno, eso pretendíamos.

—Casi acaban con nosotros —interpuso 44-Torq, haciendo un ademán con la cabeza hacia los disparos—. Son Thallaxii del Ordo Reductor. Salieron de la nada.

Lennox agachó la cabeza cuando un cíborg de armas pesadas desató un cañón de fotones hacia la nave gravitatoria desde el suelo. Un motor repulsor de la nave explotó, lo que hizo que el vehículo se tumbara y cayera a tierra de forma espectacular.

—¿Contra quién están luchando?

—Oh, no te lo vas a creer —le respondió 44-Torq—. Se están matando entre ellos.

—¿Hay luchas internas en las filas de Kelbor-Hal? —preguntó Lennox, incrédula.

A la príncips le pareció algo extraño. Según lo que sabía, la corrupción que habían sufrido aquellas máquinas había sido absoluta. Eran esclavos de la oscuridad.

—Estábamos intentando llevarnos algo que habíamos encontrado —le dijo Scallion-61—. Un verdadero tesoro: un autómata de batalla de clase Kastelan. Está bastante maltrecho, pero sigue de una pieza y no tiene ni un atisbo de corrupción.

—¿Y qué ha pasado?

—Las tropas de choque de Gordicor se cernieron sobre nosotros en una de sus patrullas —contestó 44-Torq—. Salimos corriendo y nos escondimos, claro. Solo que, cuando los cíborgs se desplegaron, no parecían tener ninguna intención de buscar la zona para encontrarnos. Parece que ellos también estaban buscando la unidad.

—¿El Kastelan? —preguntó Lennox.

—Se lo llevaron —contestó Scallion-61, claramente arrepentido.

44-Torq se encogió de hombros.

—Nos escondimos aquí durante un tiempo y, antes de que nos diéramos cuenta, se estaban disparando entre ellos. —Según dejaba de hablar, el sonido de los disparos se desvaneció, y el recolector se quedó en silencio.

Al parecer, la batalla había llegado a su fin.

Lennox oyó unos fuertes pisotones a su espalda. Era Omnek-70.

—Están todos muertos —dijo a la princesa, confiado—. Ven a verlo.

La condujo a través de los restos de los recolectores solares derribados. 44-Torq y Scallion-61 avanzaron con dificultad hacia su descubrimiento, acompañados del visioingeniero Zarco. Mientras Lenk 4-de-12 y Lennox caminaban lentamente a través de la masacre, Omnek-70 se movía de cuerpo en cuerpo, todos ataviados con pesadas armaduras, y comprobaba que los Thalaxii estuvieran muertos de verdad. Aquellos soldados cíborg eran conocidos por su resistencia.

El Kastelan se encontraba inmóvil sobre el polvo rojo. Tenía un aspecto poco destacable y Lennox dejó de prestarle atención.

—Informe —pidió a Omnek-70 después de que este regresara de la zona de impacto.

—Confirmado. Todos muertos. Para estar atacando a sus propios aliados, han sido minuciosos.

—No tiene sentido —musitó Lennox.

—Eso no es todo —dijo Omnek-70—. No son los únicos cadáveres. Mira ahí y ahí. Guardianes de la forja skitarii de Vertex Australis.

—Están muy lejos de su forja —comentó la princesa.

—Aunque algunos skitarii han sido destrozados —continuó el comando—, algunas de las heridas de muerte son por descargas eléctricas.

—Dices que algunos de ellos se volvieron en contra de sus compañeros, como los Thallaxii.

—Y no solo eso —le informó Omnek-70—. Este cadáver muestra el

tipo de corrupción asociada a la infección por código malicioso, y este también. Pero *este* no. Ni este. Si nos hubiéramos encontrado con este skitarii o este cibernético antes de que los hubieran matado, probablemente habríamos intentado reclutarlos.

—Fascinante —dijo Lennox en un tono de voz que sugería que era cualquier cosa menos eso—. Tal vez Gordicor haya empezado a usar métodos más sutiles. Visioingeniero, ¿qué sabemos del Kastelan?

—Mira estos distintivos —le indicó Zarco—. Primer manipulador, cohorte de reserva Daedarii. El cañón búmerman montado en su hombro está quemado, y las máximas de sus brazos están vacías. Los sistemas de escudo y automoción están desactivados, probablemente por un reactor drenado. Pero, espera...

—¿Qué? —exigió saber Lennox. Ella y Lenk 4-de-12 ya se estaban alejando de la máquina con precaución. Cuando el visioingeniero se puso de pie de repente y se apartó, la príncipes se puso tensa—. ¿Está corrompido?

Zarco no respondió por un momento, sino que se quedó mirando al enorme robot antes de volver a acercarse para comprobar su almacén craneal.

—No detecto ningún indicio de corrupción —le dijo el visioingeniero. Tras retirar las placas y los visores ópticos, se asomó para ver la maquinaria de la cabeza del autómatas de batalla—. Pero tampoco encuentro ningún indicio de cerebro bioplástico ni ninguna oblea de doctrina.

—¿Y algún componente biológico? —preguntó Lennox.

—Ni biológico ni operacional.

—Aunque, si observamos las pruebas —interrumpió Omnek-70—, esta unidad ha sido responsable de las muertes de al menos algunos de los guardias de la forja y de los Thallaxii.

—Puede que haya tenido algo que ver con eso —dijo Zarco, señalando con su hacha a un objeto en el centro del pecho del Kastelan, pues al parecer no quería acercarse demasiado. Se trataba de un complejo orbe de engranajes poliédricos y mecanismos interconectados. El complicado aparato se volvía más pequeño y enrevesado cuanto más observaban sus inquietantes profundidades.

Lenk 4-de-12 se acercó a Lennox por detrás, ensimismado por la máquina. Mientras miraba por encima del hombro de la príncipes, esta apartó al ayudante, molesta.

—¿Qué es? —preguntó Lennox.

—No lo sé —repuso Zarco con sinceridad.

—Ya está bien —dijo la prínceps—. No quiero estar aquí cuando el siguiente grupo de tropas del Mechanicum Oscuro llegue para buscar a sus camaradas caídos. Nos vamos.

—¿Y qué hacemos con el Kastelan? —preguntó 44-Torq. A pesar del extraño aparato alienígena encastrado en el centro del pecho del autómeta de batalla, el recolector estaba ansioso por llevar lo que había encontrado de vuelta a la base.

—Dejaré que eso lo decida el visioingeniero —dijo Lennox.

Zarco lo consideró durante un momento.

—Es un hallazgo valioso y poco común —decidió—. Tanto si arreglamos la unidad como si le extraemos las piezas, vale la pena arriesgarnos.

—Vale —repuso Lennox—. Entonces lo llevaremos a Invalis. Podemos meterlo en cuarentena junto con este miserable espécimen.

La prínceps se abrió paso más allá de Lenk 4-de-12 y empezó a caminar de vuelta hacia el *Archimedex*. El trabajador de la forja miró primero a Lennox y luego al autómeta de batalla.

—¿Qué quiere decir con «cuarentena»?

El Topo atravesó el hueco en el muro de la cueva y se asentó en la plataforma de su portador. Tras salir de la giroscópica sección de tropas, Lennox recorrió unas escaleras junto con un par de servidores encorvados. La cueva estaba repleta de otras máquinas tuneladoras, caballos de tiro del trabajo de los Fieles Omnisianos: Hellbores, Termitas y otros taladros más pequeños.

—Procesad lo que hemos encontrado —ordenó la prínceps según se alejaba del *Archimedex* y dejaba a Zarco y Omnek-70 a cargo de todo—. Voy a ver al lexorcista.

Lennox recorrió la base Invalis. Al encontrarse en aquel lugar, muy por debajo de las tierras altas, los Fieles Omnisianos habían logrado hasta el momento evitar la atención del Mechanicum Oscuro. Las estaciones de vigilancia orbital y los Vigilantes Marauder cruzaban el hemisferio con sus augures y sus visores pictográficos. Las escuadras de exterminación del Ordo Reductor buscaba elementos rebeldes forja a forja. Los motores demoníacos acechaban en las dunas de Marte y seguían el dulce rastro de la carne no disforme.

Ninguno de ellos había podido encontrar la base Invalis. Los Fieles Omnisianos utilizaban transportes tuneladores como el *Archimedex* para salir a la superficie a mucha distancia de la base y de ese modo se

aseguraban de no dejar ningún rastro, huella o señal de calor que condujera al enemigo a su hogar.

Aquella región siempre había sido una zona muerta que tanto las órdenes del Mechanicum como las de los Caballeros habían evitado. Los depósitos de cristal de las montañas emitían una extraña radiación que resistía los escaneos de augures, convertía las cascadas de datos en estática y drenaba las celdas de energía. Las tierras altas estaban repletas de los restos oxidados de máquinas, vehículos y naves que se habían adentrado en ellas por accidente, mientras que los cañones estaban habitados por servidores salvajes, cuya población en aquella zona había crecido de forma descontrolada. Con la base situada en una pequeña red de cavernas muy por debajo de las montañas, los Fieles Ommissianos podían operar más allá del fenómeno que debilitaba la tecnología, al mismo tiempo que se beneficiaban de su protección natural.

Lennox atravesó varios controles y puntos de registro bajo el mando de servidores de armas pesadas y servoautomatas modificados de forma monstruosa. La propia base era un lugar destartado, lleno de cortinas de cables de energía, equipamiento recolectado e instalaciones construidas creativamente con chatarra. Los generadores trabajaban en refuerzos creados de forma artificial en sus laboratorios improvisados. Lennox pasó por delante de unos tecnosiervos liberados que se mantenían firmes en sus puestos e iban vestidos con los harapos que quedaban de sus antiguos uniformes. Unos trabajadores y ayudantes cibernéticamente adaptados transportaban cajas de munición, ungüento bendito y suministros hacia las cavernas inferiores. Los recolectores entregaban armas y partes recuperadas a los artesanos de los talleres. Los drones Repulsor se desplazaban mientras llevaban a cabo sus tareas, y los visioingenieros reparaban y restauraban la base como podían. Los limpiadores de código monitoreaban las líneas locales, los flujos de datos y los elementos noosféricos en busca de cualquier indicio de corrupción. Mientras tanto, las consolas y los bancos de runas se encontraban bajo el mando de adeptos exhaustos y servidores medio destrozados.

Lennox avanzó por las pasarelas en forma de rejilla y saludó a los líderes de otros grupos rebeldes que se dirigían a sus misiones en la superficie: antiguos subalfas skitarii, sacerdotes secutores y maestros de siervos Adsecularis, todos ellos acompañados de escuadras de tropas y máquinas de distintos tipos.

El centro de mando estaba lleno de rebeldes y era un nexo de bancos de runas, cables y servidores de interfaz maltrechos. El crepitar de los

visores hololíticos iluminaba la oscura estancia y el ambiente estaba cargado de cháchara noosférica y flujos de comunicaciones filtradas. Al entrar en el centro de mando, Lennox encontró a Arquid Cornelicus, el magos catarco a cargo de la seguridad de la base. El sacerdote se movía a lo largo de un nexo de pantallas de runas; un nido de líneas de datos y cables caía del techo y se conectaba a los numerosos puertos e interfaces que cubrían su cuerpo. La vieja logista Algerna Zephyreon, una máquina alta pero retorcida, ataviada en una túnica roja, supervisaba su trabajo. Las profundidades de aquella antigua capucha estaban iluminadas por elementos ópticos que cambiaban constantemente de color y de secuencia, mientras que su demacrada forma no dejaba de traquetear por los motores de cálculo, como si fuera un instrumento de medición del tiempo.

Lennox esperó a la tercera máquina que observaba las pantallas de runas del centro de mando. Raman Synk, motor de protección lexorcista y líder de los Fieles Omnissianos, avanzaba en un trono con ruedas.

Synk había sido un agente aliado al Mechanicum responsable de perseguir la tecnoherejía en nombre de la Prefectura Magisterium, los Malagra y el Lexorcista General de Marte, por lo que estuvo mejor preparado que la mayoría cuando la corrupción infecciosa del código malicioso surcó el planeta rojo y el enloquecido Fabricador General declaró la guerra contra todos los fieles servidores del Omnissiah.

No obstante, Synk había pagado un precio horrible en aquellos primeros días de guerra y traición y ya no era más que una máquina rota. Aun así, había encontrado un propósito en la condena de Marte. Durante los oscuros días que habían transcurrido desde entonces, había fundado los Fieles Omnissianos y había lanzado una campaña de sabotaje y destrucción contra el Mechanicum Oscuro desde las profundidades de Invalis.

A pesar de que era poco más que un cadáver ataviado en una túnica roja y confinado a un trono, los dígitos metálicos de las manos esqueléticas de Synk trabajaban de forma constante en las teclas de runas de un teclado construido en su pecho. Un servocráneo flotante llamado Confabulari-66, que contaba con un chasis lleno de herramientas, líneas de interfaz y apéndices con garras, se movía alrededor del lexorcista y le ayudaba en sus tareas. Incluso la voz de Synk provenía de los amplificadores montados en el servocráneo.

—Mi señor —dijo Lennox, tras pasar por encima de los cables del centro de mando y arrodillarse por un momento. Confabulari-66 rodeó a la prínceps con lentitud.

—Príncipe —la saludó el lexorcista a través de los amplificadores del servocráneo—. Tu misión en el Templo-Tarentyno ha sido un éxito. Hemos negado un poderoso Dios Máquina a Kelbor-Hal y a su maldito Señor de la Guerra.

—Así es, lexorcista.

—Aun así, los mismos recolectores han informado de que, unas horas después —continuó Raman Synk—, el *Belladon Ventorum*, el motor que os dio caza en Tarentyno, abandonó los campos de montaje acompañado de otros dos titanes Warlord. Recorrieron la planicie Argye, los campos de recolección solar Autonox y se dirigieron a la región Invalis. Una compañía de asedio corrupta compuesta por tanques Krios y una sección de Thallaxii se unieron a ellos en Malea Corda.

—¿Gordicor?

—Sin duda —afirmó el lexorcista.

—Entonces, tenemos que movernos —dijo Lennox—. ¿Por qué no has activado la alarma general?

—Porque se han detenido en Phasmi Fossae.

—¿Fuera de la zona muerta?

—No creo que el magos reductor sepa dónde nos encontramos —le dijo Raman Synk—. Si así fuera, no habría enviado titanes y equipamiento de asedio. Espera encontrar un campamento o un fuerte rebelde. Sus máquinas dios no le servirán de nada en este lugar, así como tampoco lo harán en la zona muerta de Invalis. —Una áspera carcajada surgió de los amplificadores.

—Pero ¿cómo puede saber el Ordo Reductor que nos encontramos en esta zona siquiera? —inquirió Lennox.

—Los tiempos y las trayectorias no mienten —dijo la logista Zephyreon—: los titanes os han seguido desde el Templo-Tarentyno hasta aquí, pasando por Autonox.

—Eso es imposible —contestó Lennox a la logista de forma desafiante—. Estábamos muy por debajo del alcance de los augures. Solo hemos salido a la superficie una vez, para recoger a los recolectores y lo que habían encontrado.

—El magos catarco tiene una teoría —dijo Synk.

—Una teoría que estoy comprobando —interpuso Arquid Cornelicus mientras se movía entre las distintas pantallas de runas, seguido de sus cables cerebrales. Cuando la pantalla principal chisporroteó y se enfocó, Lennox vio que mostraba capturas visuales de las instalaciones de cuarentena de la base, una gran celda reforzada que el magos catarco y sus

limpiadores de código empleaban para inspeccionar máquinas y material bélico en busca de corrupción. En la reforzada cámara de cuarentena, la prínceps vio el enorme robot de patrón Kastelan de pie pero sin vida. Lenk 4-de-12, mucho más pequeño que el autómatas de batalla, estaba apoyado contra el muro de roca, y unos cables de diagnóstico se balanceaban desde sus puertos hasta el nexo del techo. Cornelicus activó los receptores de comunicación.

—¡Sacadme de aquí! —aulló Lenk 4-de-12—. ¡No me dejéis aquí con esta cosa!

El trabajador de la forja parecía sentirse realmente incómodo ante la presencia solemne del robot.

—¿Crees que el autómatas de batalla está corrompido? —preguntó Lennox—. ¿Que está transmitiendo una señal para indicar nuestra posición?

—Pronto lo sabremos —repuso Arquid Cornelicus. La prínceps volvió la vista hacia el suelo antes de mirar al lexorcista. El magos catarco habló hacia el comunicador—. Soltad las sondas.

Lennox observó la pantalla de runas mientras las mecaarañas caían desde el techo de la cámara de cuarentena suspendidas de unos cables delgados. Estas se deslizaron por la superficie de la armadura del autómatas de batalla y lo analizaron con sus probóscides augures. Algunas de ellas se volvieron planas y, al tiempo que trazaban unas líneas, se introdujeron entre las placas de armadura del robot para inspeccionar su maquinaria interna.

—Tanto los recolectores que lo encontraron como mi visioingeniero han examinado la unidad y no han encontrado ningún indicio de polución.

—Ya —dijo la logista Zephyreon con una voz que sonaba a reproche—. Un hallazgo demasiado bueno para ser cierto...

—La prínceps no tiene la culpa de esto —dijo Raman Synk para callar a la logista—. Diemon Gordicor se desespera más con cada día que pasa, por lo que se vuelve más astuto. Es una máquina disforme que responde ante amos igual de disformes. Está listo para intentar lo que haga falta. Sabe que los grupos rebeldes necesitamos un suministro constante de armas y equipamiento, así que solo tiene que desperdigar dichos objetos con rastreadores y esperar a que nuestros recolectores los traigan de vuelta a la base. A decir verdad, era algo inevitable.

—La prínceps Lennox tiene razón —declaró el magos catarco tras procesar los datos que había transmitido el enjambre de mecaarañas—. Ni mis limpiadores de código ni yo podemos encontrar ningún indicio de corrupción. La máquina parece estar limpia.

—Más razón para que nuestros recolectores se la lleven del campo —insistió Algerna Zephyreon—. No es más que un cebo.

—¿Y dispositivos de rastreo? —preguntó Raman Synk—. Tenemos que saber si este autómatas de batalla alberga algún dispositivo que haya traído al Ordo Reductor hasta aquí, o al menos hasta el borde de la zona muerta.

—Bueno, puedo decirte que no tiene córtex ni procesador —respondió Cornelicus— y que su núcleo de reactor está agotado. Aunque puedo leer algún tipo de energía.

—Ahí —indicó Lennox, entornando los ojos para ver mejor las imágenes—, en el pecho. Es un aumento que mi visioingeniero no fue capaz de identificar.

Los engranajes poliédricos del orbe estaban en movimiento, y cada uno de ellos se sincronizaba de forma imposible con otros cientos. Era algo hipnótico.

—¿Qué nombre tiene esta máquina maldita? —exigió saber Raman Synk.

—Está registrada como Impedicus —contestó Arquid Cornelicus—, primer manipulador, reserva Daedarii.

—Por el Omnissiah, no... —Raman Synk soltó un grito ahogado y su voz proyectada sonó temblorosa—. La Miríada Tabula.

—¿Has visto esa cosa antes? —preguntó Lennox—. ¿Qué es?

—Hace mucho tiempo —repuso el lexorcista—. Es un objeto heretek con un poder monstruoso. Un motor de exigencia, una Inteligencia Abominable que creía haber enterrado en las profundidades de una mazmorra de diagnóstico.

—¿Qué es lo que hace? —inquirió la príncips.

—La Miríada Tabula *vence*. Usa la lógica más fría y un poder computacional fuera del alcance de los sirvientes del Dios Máquina.

Tras aquellas palabras, el autómatas de batalla empezó a crepitar con energía. Las mecaarañas que aún se encontraban en el interior de su armadura se carbonizaron entre la maquinaria, y las líneas que habían trazado se fusionaron a los mecanismos de alimentación de Impedicus. Las lámparas y las pantallas de runas del centro de mando se apagaron durante un momento, para luego mostrar montones de información a una velocidad imposible.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lennox.

—Está dentro —dijo Arquid Cornelicus con la voz llena de miedo—. Está usando las líneas de las sondas para extraer energía del reactor de la base.

—¡Apágala! —gritó la príncips.

—¡No puedo! —el magos catarco tiró de la corona de cables enchufados en su cráneo—. Ha revertido el flujo de datos de esas mismas líneas. En lugar de inspeccionarla, la máquina está saqueando nuestros bancos de runas. ¡He perdido el control de la base!

Mientras el magos entraba en pánico e intentaba arrancarse los cables, Lennox dio un paso hacia delante. Empuñó su espada sierra, activó el motor del arma y cortó los cables para liberar al magos catarco de la influencia de la Inteligencia Abominable.

Luego volvió la vista hacia las pantallas de runas. Impedicus había avanzado, dejando líneas de cables a su paso, y los engranajes poliédricos de la Miríada Tabula rotaban en una nube de sincronidad alienígena.

Lenk 4-de-12 estaba gritando. El ayudante, que ya había temido al autómatas de batalla cuando este no era más que una carcasa sin vida, en aquellos momentos se estaba lanzando contra el grueso cristal blindado de la ventana de observación de cuarentena mientras sus cables se balanceaban de forma salvaje. Sangrando y casi al borde de la inconsciencia, no dejaba de gritar como un loco. Tras destrozarse el cuerpo y la cara, se volvió para mirar a Impedicus. La sombra del autómatas de batalla cubrió por completo al trabajador de la forja.

Los gritos cesaron. El rostro de Lenk 4-de-12 pareció relajarse.

Luego, de forma espeluznante, se llevó los dedos al estómago con semejante fuerza que se hizo un agujero en su propio abdomen. El ayudante rebuscó en sus entrañas, con sus ojos oscuros llenos de locura, y arrancó un aparato negro y metálico de su cuerpo. El objeto estaba cubierto de espinas y relucía con una luz infernal.

—*¿Es esto lo que estáis buscando?* —siseó Lenk 4-de-12 en una voz que no sonaba como la suya. La piel del ayudante ardió hasta convertirse en oscuridad, sus dientes crecieron y sus facciones se disformaron hasta adquirir un aspecto demoníaco salvaje. Los cables de datos que lo conectaban al nexo empezaron a rezumar un código malicioso.

El autómatas de batalla Impedicus permaneció en silencio al lado del trabajador de la forja poseído.

La logista Zephyreon se tambaleó hacia atrás. Tanto Raman Synk como Confabulari-66 se quedaron paralizados observando el horror que se había desatado en la cámara de cuarentena. Lennox pulsó un botón de comunicación en el banco de runas.

—¡Activad las contramedidas incendiarias! —ordenó, pero los limpiadores de código y los servidores de armas que se encontraban en el exterior de la cámara no podían oírlos, ya que la Miríada Tabula bloqueaba las

transmisiones. Se volvió para marcharse del centro de mando—. Tengo que ir ahí abajo y destruirlos...

—Espera —dijo Raman Synk, quien estaba observando la pantalla con tanta atención que hizo que Lennox regresara para presenciar el espectáculo.

La furia demoníaca de Lenk 4-de-12 flaqueó. En lugar del Kastelan, había sido el ayudante recluta quien había estado portando el dispositivo de rastreo, el aparato que podría haber conducido a las fuerzas del Ordo Reductor de Gordicor hasta Invalis.

Sin embargo, en aquel momento, las líneas de diagnóstico corcovearon y parpadearon cuando Impedicus emitió una fría descarga de lógica hacia el nexo del techo.

Lenk 4-de-12 soltó un chirrido de dolor tan alto que distorsionó los canales de audio.

Ante la presencia de la Inteligencia Abominable y bañado por la fría lógica y sus verdades innegables, la máquina falsa quedó purificada de su corrupción. Lennox observó cómo ocurría lo imposible en la pantalla de runas. La presencia demoníaca desapareció de Lenk 4-de-12. La luz infernal murió en sus ojos. Como unos tumores ante la intensidad de la radiación, la carne corrupta del ayudante se marchitó. Lenk 4-de-12 perdió el conocimiento y cayó al suelo tras soltar el aparato de rastreo. Los flácidos cables de datos se desconectaron de los puertos del ayudante cuando este cayó.

Impedicus alzó un pie ataviado en armadura, pisó el dispositivo de rastreo y aplastó su maquinaria impía en el suelo.

—Encontramos a skitarii y a las tropas de choque del Mechanicum Oscuro en el campo —dijo Lennox tras volverse hacia el lexorcista—. Algo les había purgado la corrupción...

Synk asintió lentamente.

—Desactivad la cuarentena de seguridad.

—¿Qué haces? —exigió saber Arquid Cornelicus—. Debemos destruir esa cosa.

—El enemigo de mi enemigo... —repuso el lexorcista. Confabulari-66 miró a Algerna Zephyreon—. ¿No somos una amenaza para la Miríada Tabula?

—Correcto —dijo la logista después de procesar sus terribles ecuaciones—. Quiere lo que siempre ha querido: dominar Marte. En lo que concierne a la Inteligencia Abominable, no suponemos ninguna amenaza para sus ambiciosos planes. El Mechanicum Oscuro, en cambio, sí lo es..., y debe ser neutralizado. En fuego o en espíritu.

—dijo Raman Synk finalmente—. Un arma extrema para enfrentarnos a una amenaza extrema. Fuego con el que combatir el fuego.

—Es una herejía —suplicó Arquid Cornelicus al lexorcista.

—En ese caso, que nos maldigan a todos, pero Marte estará salvado. Es un arma heretek para tiempos de herejía. Príncipeps.

—Sí, lexorcista.

—Necesito ojos en las arenas —dijo Raman Synk—. Sal y ve qué horror desata la Miríada Tabula sobre los enemigos que se encuentran en nuestras fronteras.

Lennox pasó la mirada de Cornelicus al lexorcista y a la figura cubierta de líneas de Impedicus, que se encontraba en la cámara de cuarentena, antes de volverse y salir del centro de mando.

Lennox presenció una escena de devastación a través de los magnoculares. Tras haber pedido al moderati Ratchek que llevara a *Archimedex* hasta Phasmi Fossae, la prínceps observó cómo el *Belladon Ventorum* apuntaba con la ira de su cañón sísmico a sus dos compatriotas Dioses Máquina y con su poderoso bláster gatling a las compañías armadas y a las formaciones cibernéticas que se encontraban a sus pies. Después de que los otros dos titanes Warlord no fueran más que unos restos humeantes de corrupción, y de que las fuerzas del Ordo Reductor hubieran quedado reducidas a nada, la máquina dios se quedó en silencio. Lennox examinó la situación mediante los magnoculares y vio cómo la tripulación disforme surgía de la trampilla superior de la cubierta de mando y saltaba de ella para morir. Aunque había sufrido daños superficiales provocados por el fuego que habían devuelto con prisa los otros titanes, parecía que la sorpresa había permitido que el *Belladon Ventorum* no sufriera daños mayores.

Lennox echó un vistazo por la máquina y no encontró ningún indicio de contaminación espiritual o física. La oscuridad fantasmal de su escudo de vacío se había disipado. El brillo infernal de su cubierta de mando había desaparecido.

Bajo la cobertura de Omnek-70 y su arcabuz, Lennox condujo a Ratchek y al visioingeniero Zarco a través de las arenas destrozadas. Varios tanques de batalla Thallaxii y Krios habían quedado aniquilados bajo la lluvia de destrucción. Tras recorrer aquella devastación, se encontraron ante la forma inmóvil del *Belladon Ventorum*.

Lennox dedicó una sonrisa a su moderati con gafas de protección, quien asintió.

—¿Vamos, visioingeniero?

—La prínceps primero —contestó Zarco—. Como dicta el protocolo.

Les tomó algo de tiempo escalar la carcasa del poderoso titán, incluso utilizando las escaleras de mantenimiento y las anillas de sujeción. Los rebeldes vieron que la trampilla que conducía a la cubierta de mando seguía abierta, por lo que Zarco no tuvo que emplear sus herramientas en aquella ocasión.

El ambiente del puente estaba fresco y tranquilo. Una comprobación preliminar de los sistemas del Dios Máquina reveló que había recibido la transmisión de la Miríada Tabula y que sus propias veletas de comunicación emitían entonces esa misma transmisión a través de todos los canales.

Mientras Zarco descendía hacia la sección de ingeniería para proporcionar un informe de los daños, Lennox y Ratchek establecieron una interfaz con el poderoso espíritu máquina del *Belladon Ventorum*. Aunque en aquel momento solo eran dos, con el tiempo podrían encontrar más tripulantes con experiencia que fueran leales a su causa.

El moderati dudó antes de conectarse a su estación de cubierta.

Y Kallistra Lennox se unió al Dios Máquina.

Cayó a través de las posibilidades. Se convirtió en sensación y en escudo al mismo tiempo. En carne y en hierro. En hueso y en la maquinaria colosal de un mastodonte de hierro. Lennox sintió el dolor de la máquina, su ira y su poder. Se transformó en un conducto para su destrucción apocalíptica. En aquellos momentos en los que las posibilidades monstruosas llenaban su ser, a Lennox le parecía difícil entender cómo había logrado sobrevivir separada de aquella aniquilación titánica.

El *Belladon Ventorum* le pareció extraño al principio, como ponerse las botas de un cadáver. A pesar de que su espíritu máquina no era más que hostilidad silenciosa e ira frustrada, el titán se acostumbró a Lennox poco a poco, como un depredador mortal domesticado. Sintió cómo la estudiaba. Al mismo tiempo que ella sentía la capacidad destructora del Dios Máquina, el titán sentía las capacidades de la prínceps. Absorbió su venganza. Bebió del pozo de furia gélida que albergaba la prínceps.

Marte parecía distinto visto a través de los sensores y augures del Dios Máquina. Lennox ya no era un frágil ser de carne; no debía temer la corrupción del código ni la furia insignificante de los traidores desquiciados, pues todo aquello le quedaba pequeño. Se había convertido en una tormenta desatada que observaba desde arriba a Marte y a las máquinas afligidas que enfermaban el planeta con la serenidad de un desastre natural. Era la calma antes de la tempestad.

Abrió un canal noosférico.

<Base Invalis, al habla el *Belladon Ventorum*>, dijo Lennox en una ráfaga de datos bináricos. <A la espera de objetivos.>

—Y la Miríada Tabula los ha proporcionado —respondió la voz de Raman Synk tras crujir en el comunicador—. En orden de importancia táctica. Se trata de una estrategia de cuatro mil doscientos sesenta y siete pasos para retomar el planeta rojo a partir de un modelo de capacidades crecientes.

Lennox notó la reserva vacía en la voz del lexorcista. Él se sentía tan incómodo como la prínceps al aceptar la guía de una Inteligencia Abominable, una tecnología prohibida que, si no se encontraran en una situación tan desesperada, se habría ganado las atenciones del lexorcista y la ira destructiva de los poderosos cañones de la prínceps.

El mal estaba presente en la galaxia, no le cabía duda.

Sin embargo, cuando Lennox observó las arenas del planeta rojo acabó aceptando —al igual que Synk— que la Miríada Tabula, por muy aberrante que fuera, era el mal menor.

Lennox sabía que tendrían que pagar un alto precio por semejante alianza. Juró estar alerta ante dicha abominación tecnológica y se prometió a sí misma —y al Marte de aquel momento— que llegaría el momento de ajustar las cuentas y de buscar la redención. Un momento en el que tendría que pagar el precio completo de todas las deudas y transgresiones.

No obstante, aquel momento todavía no había llegado. No podía llegar hasta que el Mechanicum Oscuro dejara de sostener el mundo forja principal entre sus garras corruptas.

<Parece que tenemos mucho trabajo por delante>, transmitió Kallistra Lennox, apesadumbrada mientras la Inteligencia Abominable mostraba mapas, esquemas y datos pertenecientes a su primer objetivo.

*DEPÓSITO DE ARMAS DE LA LEGIO VENDETTICA
ESTE DE MARE HADRIACUM*

Lennox asintió. El *Belladon Ventorum* necesitaría munición y energía para su poderoso armamento si pretendía ser el heraldo de la aniquilación por todo el paisaje rojo de Marte.

<Recibido>, dijo Lennox, y una sonrisa se dibujó en sus labios, la primera sonrisa desde hacía muchos meses. <*Belladon Ventorum* en camino.>